

# El temor al miedo

Ignacio Urquizu indaga sobre la gente corriente en **¿Cómo somos?**

ÓSCAR R. BUZNEGO

Sostiene **Ignacio Urquizu**, joven sociólogo y lúcido analista de las crisis respectivas de la democracia y de la izquierda, que desde mayo de 1968 el mundo vive una oleada de contrarrevoluciones. La primera se hizo bajo la bandera del capitalismo ultraliberal y fue liderada por Thatcher y Reagan. La última está teniendo lugar y es profundamente conservadora. Se pregunta quien también ha sido diputado socialista por Teruel, y apeado de la lista electoral por su apoyo a **Susana Díaz** en la batalla interna del PSOE, qué ha ocurrido para que la primeras manifestaciones de protesta ante la gran recesión tuvieran un cariz netamente progresista y, de repente, empezaran a soplar fuertes vientos populistas inequívocamente derechistas.

En busca de una respuesta, Urquizu fija su atención en la gente corriente, a la que alude en el texto utilizando diferentes denominaciones, como “hombre medio” o “mayoría silenciosa”, con la certeza de que no significan exactamente lo mismo. A diferencia de las elites sociales, los jóvenes, los nacionalistas u otros grupos que se muestran más compactos y disfrutan de un protagonismo mayor en la esfera pública, la gente común tiene un perfil poco definido y lleva una vida anónima. Esta son, quizá, las razones por las que se le ha prestado escasa atención, a pesar de que su actitud suele ser determinante para el éxito o el fracaso de los cambios sociales.

La dificultad de precisar las características sociológicas de la gente corriente ha sido, sin duda, un factor disuasorio. El pluralismo social se revela aquí irreductible a cualquier concepto. Pocos han intentado elaborar una descripción detallada de este segmento social que permita identificarlo con facilidad. Es lo primero que procura Urquizu, con un resultado que convence solo a medias, pero supone en todo caso un importante paso adelante. Para él, en España la gente corriente es el estrato formado por los obreros, mayoritariamente cualificados, con un nivel educativo medio, habitante de núcleos urbanos de tamaño medio y ubicado en el centroizquierda de la escala ideológica.

Esta gente, según Urquizu, es particularmente sensible a la incertidumbre provocada por la globalización, las innovaciones tecnológicas y los movimientos migratorios. El hombre común expresa recelo, ira y rechazo ante fenómenos que constituyen el signo de los tiempos y una amenaza para su estatus. Este individuo ve en peligro su posición y se pone nervioso ante la posibilidad de sufrir un descenso social. Se convierte así en un ciudadano vulnerable y expuesto a los planes de los hábiles manipuladores de las emociones. Sobre una sociedad insegura, que demanda certezas, el populismo galopa hacia un futuro de difícil pronóstico.

Ante lo que se avecina, Urquizu experimenta sensaciones contradictorias. En principio confía en que la gente corriente, cuya capacidad cognitiva para la política ha sido injustamente minusvalorada, sea un baluarte de la democracia y garantice su continuidad. Detecta señales inquietantes por todas partes, incluida España, donde el recuerdo de la guerra civil y la dictadura, por un lado, y la filia-ción ideológica moderadamente izquierdista, por el otro, ahuyentaron cualquier tentación de política radical. La gente corriente ha sido un dique de contención frente al populismo en nuestro país. Pero después de conocer el escrutinio de las elecciones andaluzas y las estimaciones más recientes de los sondeos ya no se puede hacer una afirmación tan categórica. Al ver el rostro de Vox, y su empuje, Urquizu enciende la alarma.

Urquizu escruta con afecto y delicadeza los miedos de la gente corriente y en el libro se percibe su temor a que esa gente se derrumbe políticamente y, en consecuencia, la democracia se venga abajo. Es una manera de reconocer la relevancia política de la mayoría silenciosa y, al mismo tiempo, implícitamente es una apelación para que resista el viento huracanado del populismo. El gran mérito del libro, sin embargo, es incluir en un lugar destacado del análisis político a la gente que habitualmente solo es representada formando parte del decorado.



“Yernes y Tameza”, óleo sobre tabla de 2017.

## Alberto Ámez, “los elementos del arte y un elemento misterioso”

La romántica sublimidad y el libre primitivismo descriptivo en la fantasía pictórica del último premio del certamen de Luarca

RUBÉN SUÁREZ

Sobre **Alberto Ámez** (Gijón, 1963), licenciado en Bellas Artes en Madrid y profesor de dibujo en Gijón, escribí únicamente en una ocasión, y fue sobre una muy creativa y sugestiva exposición, sobre todo de fotografía, que ocasionalmente vi en una exposición de la Casa de la Cultura de Avilés en 1994. Estos datos son para poner de manifiesto que desconocía por completo su pintura, que por otra parte ha sido expuesta en muy pocas ocasiones y a menudo en lugares tan poco convencionales como un café, o en el bar “La vida alegre” de Gijón en sus últimas tres muestras. La desconocía hasta ahora, que expone en Espacio Arte, en Gijón, tras haber ganado el Premio Ayuntamiento de Valdés en el Certamen Nacional de Arte de Luarca el pasado 2018.

Si poco convencional es la trayectoria, así también lo es su obra, de esas sobre las que el tópico suele asegurar que “pertenecen a un pintor al margen de la pintura de su tiempo”, que es como no decir nada, especialmente cuando hablamos de una obra que está al margen de toda tradición y tendencia artística, naif incluido, como no sea su relación con casos aislados de algunos pintores cuya creación se inscribe o goza de dimensiones propias en el espacio y el tiempo y cuya realidad dista mucho de ser real.

Para mayor precisión voy a citar algo que escribe **Paco Nadie** en un admirable texto para la hoja informativa de la exposición. En un párrafo alude a unas palabras de Ámez: “Un cuadro se compone con los elementos del arte y luego hay un elemento misterioso”, y por su parte añade: “Ese misterio es el que también nos seduce de las pinturas que Alberto nos presenta con esa humildad de los “cuadros de chigre” pero con la intensidad de los paisajes románticos”. Es el mejor prólogo que hubiera podido encontrar.

Porque Alberto Ámez maneja a su manera los “elementos del arte” que conoce bien, porque la humildad de los cuadros de chigre habla de la espontaneidad y natural inocencia del artista, y es literal incluso por temática en ocasiones, y porque el “misterio que no seduce” es un equivalente *sui generis* de la sublimidad de los paisajes románticos clásicos. Si es que lo son, porque esos “paisajes con figuras” me parecen más bien como autorretratos. Como si el bosque fuera, más que un lugar, un ente con vida propia, un personaje del relato y reflejo de su creador. Quizá eso explique que sus cuadros, en especial los de mayor formato, aun siendo muy diferentes se parezcan tanto en la concentración ensimismada y la densidad atmosférica que expresan, la sensación que producen de ser fabulaciones oníricas de una personalísima visión del bosque más inquietada por la extrañeza que por lo más



Alberto Ámez.

### Alberto Ámez. Gabinete de pinturas

Galería Espacio Arte (Jacobo Olañeta, 5) Gijón  
Hasta el 17 de mayo

o menos perceptivo que pretenden representar. Esa es su metafísica, la de un pintor al que imaginamos con el ceño fruncido inmerso en la descripción de un frondoso bosque que no es lugar para el sosiego placentero sino amenazador refugio de figuras fantasmales de las que aparecen en los sueños, bucolismo de siniestros presagios quizá reflejo de nostalgias y antiguos temores.

Por eso en su plasticidad, de un frescor y directa expresividad que se estilan poco, y aún a riesgo de parecer desmaño, no renuncia el artista a la sencillez y el primitivismo descriptivo, que disfruta de la fantasía y el gozo de pintar, buscando más el ser y el sentimiento que la representación equilibrada, aunque en ocasiones nos sorprende con admirables manejos de los valores pictóricos, en forma o armonías cromáticas. Pero en el abandono o distorsión de esos valores, en la libre escenificación de sus imaginarios espacios, reside en buena parte el encanto de una pintura, que perdería entonces ese estado de encantamiento con su uso convencional.